

AMADO ALONSO

13 DE SEPTIEMBRE DE 1896 — 26 DE MAYO DE 1952

Amado Alonso se nos ha ido en plena madurez. Recordar su labor ya cumplida —la del sabio, la del maestro—, pero sobre todo la asombrosa juventud de su espíritu, su capacidad de continuo desarrollo y afinamiento, su promesa de obra futura, es hacerse cargo de lo que esa muerte significa para la filología hispánica.

Algunas vez le oímos referirse a sus titubeos de mocedad entre la poesía y la investigación científica. Si el hombre de ciencia prevaleció al fin sobre el poeta, lo cierto es que honró siempre a la poesía y la comprendió como pocos. Y había un modo de ímpetu poético en esa alegría con que buscaba la verdad y daba con ella, y en la belleza con que la formulaba, ya fuese con el sobrio lenguaje del especialista, ya en el ensayo o la conferencia de difusión —nunca de vulgarización— destinados a público más numeroso. Un admirable poder de síntesis regía sobre la multiplicidad y hondura de su ciencia. “Somos historiadores”, gustaba decir, y en su obra de historiador de nuestra lengua y nuestras literaturas no hay página en que no brille su originalidad de visión, su afán de contemplar directamente la verdad, íntegra y armoniosa. Historia, sí, pero historia plena, en que la más nutrida documentación aparece vivificada desde dentro por la intuición personal y dinámica de los hechos espirituales estudiados.

Escucharlo y leerlo era, y es, ver en acción un raro conjunto de aptitudes —no sólo intelectuales— gobernadas por un afán de verdad estricta que no excluía la clara conciencia de lo provisional de cada verdad. Excepcionalmente dotado para acertar de golpe con lo esencial de las cosas y para enlazarlas con geniales vislumbres, no se ahorra esfuerzo en el examen concreto de los detalles. Las amplias líneas de su obra se apoyan en multitud de pequeños datos reveladores, empeñosamente buscados y contrastados; los hechos mismos parecen hablar así, exhibiéndose con movimiento propio y viva coherencia. Su voluntad de conocimiento justo exigía (y en esto fué haciéndose, con los años, más y más inflexible) que cada dato se interpretara a la luz de su preciso contexto, que nunca se desequilibrase el conjunto por el afán de magnificar tal o cual pequeño descubrimiento propio, que se deslindara con absoluto rigor entre lo dudoso, lo probable y lo cierto. Lo exigía de los demás; se lo exigía sobre

todo a sí mismo. Ahí queda el testimonio de su obra, magnífica por su amplitud y su rara perfección, fuerte de estructura, rica y vivaz en los pormenores de la ejemplificación y el razonamiento.

Ya en sus primeros trabajos sorprendían la pujanza y la originalidad del nuevo filólogo. A través de su vasta labor, proseguida en Europa y América por más de un cuarto de siglo, esas calidades han persistido y fructificado. Es fácil advertirlo gracias a la abundancia de los temas y enfoques que se mantienen, en principio, firmes en el conjunto de su obra. Espíritu tan abierto a nuevos intereses, y siempre dispuesto a rectificar sus miras y adaptar a las necesidades concretas de sus investigaciones las teorías y métodos más fecundos, viniesen de donde viniesen, permaneció, no obstante, fiel a la mayoría de los problemas que se había planteado en sus años juveniles, y muchos fueron los que revisó y reelaboró sin descanso, hasta sus últimos momentos. Constante fué asimismo en Amado Alonso la dedicación, doble y única, a los estudios lingüísticos y a los literarios, desde aquella su etapa de formación en el Centro de Estudios Históricos en que a un tiempo trabajaba en sus artículos sobre el catalán y en el análisis de las *Sonatas*. Filología era para él amor a la palabra llena de vida, y a la palabra en su totalidad: alta y amplia visión, tan reconocible en sus investigaciones propias como en el sentido que imprimió en las de sus discípulos y colaboradores y en sus dos revistas de filología hispánica. Pero aun sus más ceñidos estudios de lingüística traducen esa urgencia de amplitud. No es extraño que la observación de un rasgo dialectal de su nativo Lerín le hiciera abarcar luego el conjunto de las hablas hispánicas, ni que el estudio del catalán, o el del español de América, lo llevaran a plantearse cuestiones que interesan a toda la Romanía. El examen concreto de cualquier fenómeno se nos muestra, en su obra, articulado además en una clara y comprensiva doctrina del lenguaje y de la poesía. Y ese moverse con igual soltura en planos distintos; esa información caudalosa, depurada y jerarquizada; ese análisis preciso y a la vez traspasado de sensibilidad e imaginación; esa simpatía, esa vitalidad penetrante y creadora con que se adueñaba de los temas iluminándolos y renovándolos, eso es lo que da incomparable densidad y sabor a los trabajos salidos de su pluma.

Quede para otra ocasión el enumerarlos¹. Aquí nos bastará apuntar rápidamente los primeros brotes de esa labor filológica y su espléndido desarrollo ulterior. Porque ya en los artículos que publicó durante sus años de aprendizaje en el Centro de Estudios Históricos y en la Universidad de Hamburgo se van dibujando los caminos de su investigación futura. En el Centro, participa activamente en las tareas del Atlas lingüístico y en las de la *Revista de Filología Española*, y colabora con Menéndez Pidal y lleva adelante sus estudios acerca del puesto que al catalán corresponde en el conjunto de las lenguas románicas (sobre este tema volvería mucho después, en la Argentina, con el fundamental trabajo que escribió para el volumen

¹ La *NRFH* incluirá, en su próximo "Homenaje a Amado Alonso", la lista de sus publicaciones.

de Miscelánea en honor de Fabra). A sus años de Buenos Aires, como director del Instituto de Filología, corresponde la plenitud de sus investigaciones dialectológicas. El presente y el pasado del español de América son ahora su tema central, y la *Biblioteca de dialectología hispanoamericana* y la *Colección de estudios indigenistas* los más visibles testimonios de su propia labor y de la inspirada y dirigida por él. Pero en esos veinte años publica además multitud de artículos técnicos —recordemos los que luego reunió en sus dos tomos de *Estudios lingüísticos*— y libros magistrales como *El problema de la lengua en América, Castellano, español, idioma nacional, La Argentina y la nivelación del idioma*. Y funda la *Revista de Filología Hispánica*, y se prodiga en conferencias y cursos a través de los cuales van madurando, por una parte, sus ideas, y su documentación para un estudio sistemático de las categorías lingüísticas en nuestro idioma (materia que aprovecharía, años después, en su prólogo a Bello) y, por otra parte, para la historia del castellano en América y para la de la pronunciación española. Este último será el tema a que se consagre principalmente en sus años de Harvard. Por entonces, y con su dirección y colaboración asidua, la *Revista de Filología Hispánica* renace como *Nueva Revista* en El Colegio de México. En sus páginas y en las de otras revistas técnicas, Alonso va ofreciéndonos ahora las admirables muestras de ese esfuerzo final, mientras avanza con rapidez en la redacción de su libro máximo, la historia de la pronunciación, elaborada a lo largo de varios lustros y no interrumpida siquiera entre las asechanzas mismas de la muerte.

El enlace de lengua y poesía era en él convicción tan íntima como razonada, y lo llevó muy tempranamente a profundizar en la investigación de los estilos literarios. Su tesis sobre Valle-Inclán, con ese penetrante examen del léxico y el ritmo de las *Sonatas*, abre la serie de sus estudios estilísticos. En ellos, la reflexión teórica alterna con el análisis directo de poesía y prosa española e hispanoamericana. Por un lado, hondas meditaciones que debían llevar a un sistema de poética y a una doctrina general de la crítica; por otro, ensayos de interpretación literaria, de los más valiosos que se hayan publicado en cualquier lengua. Supo ver al instante, y a fondo, en grandes y complejos escritores de hoy, y sentir con igual proximidad a los clásicos. Desde su *Colección de estudios estilísticos*, publicada por el Instituto de Filología, desde el libro minucioso o desde el artículo de revista, ejercitó sus dotes de crítico insigne a propósito de los más diversos temas: de Jorge Guillén a Lope y fray Luis, de Alfonso Reyes, Borges y Rubén Darío a Quevedo y Neruda. ¡Cuánto hubiéramos deseado que diese más libre vuelo a estas predilecciones! Pero fueron muchos los proyectos que debió sacrificar para concentrarse en su obra maestra de historia lingüística. Ya enfermo, esperaba sin embargo que alcanzaría a terminar su ensayo sobre el ritmo de la prosa española (tema planteado en su tesis doctoral) y su libro sobre García Lorca. No pudo ser, y hoy lo lamentan todos los estudiosos de la literatura española. Porque, con cada uno de sus trabajos, no se limita Alonso a dar un modelo de conocimiento orgá-

nico, de visión sagaz y renovadora, de atención a la vez rigurosa y respetuosa a la obra y al autor que estudia. Todo se nos comunica con el mayor orden y lucidez, pero no con esa perfección de lo "definitivo", de lo fríamente cerrado en sí, que arredra y descorazona. Es un saber cabal y luminoso y, al mismo tiempo, un saber vuelto hacia el futuro. El investigador tiene conciencia vivísima de hasta dónde ha llegado, y trasmite al lector, con la alegría del descubrimiento, la incitación a nuevas búsquedas.

Y es que en la obra escrita de Amado Alonso queda al reflejo de lo que él mismo fué como "doctor Alonso", como incomparable maestro. Al Centro de Estudios Históricos, al Instituto de Filología, a Harvard, al Colegio de México llevó el ejemplo de su fuerza activa y creadora, de su simpatía y su fundamental seriedad (pero seriedad sin estiramientos, siempre dispuesta al buen humor). Supo atender; supo aprender de sus discípulos y agradecerlo, mejorarlos con su sola presencia, buscar la más plena realización de cada uno y la colaboración y cordial entendimiento de todos. Supo exigir y corregir sin pedantería, y ayudar generosamente con las riquezas de una inteligencia recia y vivaz, nutrida de amplia lectura y sabia relectura. Nada parecía difícil junto a él, aunque su lección diaria fuera el no hacer, ni hacerse, la menor concesión a costa de la verdad estricta.

Su propia vida era una obra maestra de entereza y de amor, y nada fué para él más natural que enseñar a darse íntegramente a las mejores causas, y a amar todo lo amable. Su obra rebasó con mucho el ámbito del aula y el del instituto filológico. Desde el de Buenos Aires, ejerció por veinte años la más fértil influencia en el ambiente literario argentino, y aun puso al alcance del público más lejano y numeroso su colaboración en *Sur* y en los diarios y revistas más responsables, sus cursos en el Colegio Libre y en universidades de las dos Américas, las series de publicaciones —teoría del lenguaje, crítica literaria— que dirigía desde una casa editora, y hasta ese manual de gramática, innovador y magistral en su sencillez, que escribió con Pedro Henríquez Ureña. Siempre se podía contar con él para cuanto de bueno se hiciera a su lado.

Rotas sus fuerzas por la enfermedad más cruel, seguían alcanzándole para enviar larga y entusiasta carta de despedida a don Ramón Menéndez Pidal, para escribir a dos de sus amigos más queridos exhortándolos a que lo fuesen entre sí, para dictar a otro unas páginas nuevas de su historia de la pronunciación, para interesarse en los trabajos y proyectos de cada uno de sus muchos discípulos. Hasta en los últimos instantes reiteró su consejo de humanidad y sabiduría, de cariño a las empresas más nobles, y su invitación a la busca de la verdad, sin alardes, sin vanidades, sin polémicas. Así había vivido; así murió. Hoy lloramos mucho más que la desaparición de un gran filólogo. Con nada puede medirse el dolor en que nos deja su muerte. Con nada que no sea la luz de perfección y grandeza que su vida y su obra irradian por igual.

R. L.

El Colegio de México.